

Vinose para Sanlucar, en el
 donde fue bien recibido
 de su dama Lindaraja,
 de la cual es muy querido.

Estando ambos á dos
 en un jardin muy florido,
 con amorosos regalos
 siendo cada cual servido,

Lindaraja aficionada,
 una guirnalda ha tejido
 de clavellinas y rosas,
 y de un áheli escogido.

Cercada de violetas,
 flor que de amantes ha sido,
 se la puso en la cabeza
 á Gazul, y así le ha dicho:

«Nunca fuera Ganimedes
 de rostro tan escogido:
 si el gran Júpiter te viera,
 él te llevara consigo.»

El fuerte Gazul la abraza,
 diciéndola con un riso:
 «No pudo ser tan hermosa
 la que el Troyano ha escogido;

Por la cual se perdió Troya,
 y en fuego se habia encendido,
 como tú, señora mia,
 vencedora de Cupido.»

«Si hermosa te parezco,
 Gazul, cástate conmigo,
 pues que me diste la fé
 que serías mi marido.»

«Pláceme, dice Gazul, pues yo gano en tal partido.»

Estas y otras amorosas palabras pasaron entre Lindaraja y su amante Gazul; y así ordenaron de casarse, y Gazul se la pidió á su tío, en cuyo poder estaba Lindaraja. El tío se holgó mucho, por ser Gazul principal y valiente; y así se celebraron las bodas, y fueron muy costosas, y se hallaron en ellas muchos caballeros cristianos y moros; porque vinieron de Granada los cristianos Gazules, Abencerrages y Venegas. También vino Daraja, hermana de Lindaraja, y su marido Zulema, que eran ya cristianos y muy queridos del rey Católico, y hubo toros, cañas y sortija. Duraron estas fiestas dos meses, al cabo de los cuales todos los caballeros que habían venido de Granada se volvieron, llevando consigo á los desposados, los cuales en llegando fueron á besar las manos á los reyes Católicos, de lo que holgaron mucho en verlos, y mandaron que todos los bienes del padre de Lindaraja se los entregasen á Gazul y su esposa. Tornóse cristiana Lindaraja, y llamóse Doña Juana; él se llamó D. Pedro Gazul cuando le bautizaron. En esta historia de Gazul se quedó por poner otro romance que era primero que el de Sanlúcar; mas por no estar bueno, y no haberle entendido el autor que le hizo, se puso al principio, porque no causara confusión; y porque no quede con aquella ignorancia, diremos la verdad del caso. El romance que digo, es aquel que dice: *Sale la estrella de Venus*, y el que le com-

puso no entendió la historia, porque no tuvo razon de decir que se casaba Zaida, hija del alcaide de Jeréz, con el alcaide de Sevilla y su fuerza; porque el Gazul que mató al desposado de Zaida, no fue en tiempo que Jeréz ni Sevilla eran de moros, sino en tiempo de los reyes Católicos, como se prueba por aquel verso del romance de Sanlucar, cuando dice: *Reliquia de los valientes*; pues en este tiempo ya habían ganado los cristianos á Sevilla y Jeréz. Mas hase de entender de esta manera el romance y su historia, Zaida la de Jeréz era nieta ó biznieta de los alcaides de allí, siendo Jeréz tomada de cristianos, y quedando los moros en pleitesía, gozando de sus libertades, lengua y hábito, y viviendo en su secta; siendo los cristianos señores de la ciudad y fortaleza. Lo mismo fue en Sevilla, que aquel moro rico que dice el romance que se casaba con Zaida, por ser alcaide en Sevilla; no porque lo era él, sino su abuelo, y el moro vivia en Sevilla con los demas que en ella quedaron, y entre todos se trató el casamiento que dice el romance. Pues viniendo al caso, Gazul servia á Zaida en tiempo que se trató el casamiento con el moro de Sevilla, y nunca pudo alcanzar Gazul lo que pretendia, porque sabia Zaida que sus padres no querian casarla con él, sino con el sevillano, por tener algun deudo con él, y por ser mas rico que Gazul; y por eso no le favorecia, aunque le amaba de secreto, y no lo manifestaba por no dar disgusto á sus padres. Pues estando ya tratado el casamiento, una no-

che en cierta zambra que se hacia en la casa de Zaida se halló Gazul; porque entonces habia licencia para entrar de paz los moros en las tierras de los cristianos á tratar ó á hablar con los demas moros que estaban en ellas. Pues como se halló allí, danzó la zambra con Zaida; y estando danzando asidos de las manos, como es costumbre en aquel baile, no pudo refrenarse Gazul tanto con el demasiado amor que á Zaida tenia, que al tiempo que acabó de danzar, no la abrazase estrechamente; lo cual visto por el moro sevillano, asi como un leon, lleno y ciego de cólera, puso mano á su alfange y fue á herir á Gazul, el cual se puso en defensa, y aun hubiera ofendido muy mal al desposado, si no fuera por la gente que se puso de por medio. Alborotada la sala de Zaida por esta ocasion, sus padres de ella se enojaron mucho con Gazul, y le dijeron que se fuese á su casa. Gazul sin replicar en cosa alguna se salió muy enojado de allí, y juró de matar al desposado, y para elló aguardó tiempo y lugar oportuno; y sabiendo cuando se desposaba Zaida, ya que era hora, se aderezó muy bien, y subió en un muy buen caballo, y partió de Medina-Sidonia para Jeréz, y entró al anochecer cuando salian Zaida y su desposado, acompañados de muchos caballeros, asi cristianos como moros, de su casa, para ir á otra donde se habian de celebrar las bodas; lo cual visto por Gazul, rabioso de celos y de cólera, echó mano á un estoque y embistió con el desposado y le dió una estocada, de la

cual quedó muerto. Admirados los circunstantes de la tal hazaña, no sabian qué hacer, ni qué decir, salvo los parientes del muerto y los de Zaida, que acometieron á Gazul para matarle, diciendo; Muera el traidor; pero el valiente Gazul se defendió de todos, hiriendo á algunos de ellos, sin que á él le ofendiesen; y así escapó de todos juntos. Por la muerte de Zaide, y por este hecho se dijo este romance que sigue, el cual se habia de poner primero que los ya dichos de Gazul; mas pues se ha declarado la causa, no importa que se ponga aquí, diciendo de esta manera:

Sale la estrella de Venus.

al tiempo que el sol se pone,
y la enemiga del día
su negro manto descoge.

Y con ella un fuerte moro,
semejante á Rodamonte,
sale de Sidonia armado;
de Jeréz la Vega corre,

Por do entra Guadalete
al mar de España, y por donde
Santa María del Puerto
recibe famoso nombre.

Desesperado camina,
que aunque es de linage noble,
le deja su dama ingrata,
porque se suena que es pobre;

Y aquella noche se casa
con un moro, feo y torpe,
porque es alcaide en Sevilla
del Alcazar y la Torre.

Quejábase grandemente
de un agravio tan enorme,
y á sus palabras la Vega
con el eco le responde:

« Zaida, dice, mas airada
que el mar que las nubes sorbe;
mas dura é inexorable,
que las entrañas de un monte:

Cómo permites, cruel,
después de tantos favores,
que de prendas que son mias
ajena mano se adorne?

Es posible que te abrazas
á las cortezas de un roble,
y dejas el árbol tuyo
desnudo de fruto y flores?

Dejas á un pobre muy rico,
y un rico muy pobre escoges,
y las riquezas del cuerpo
á las del alma antepones!

Dejas al noble Gazul,
dejas seis años de amores,
das la mano á Alabenzaide,
que aun apenas le conoces!

Alá permita, enemiga,
que te aborrezca y le adores,
que por celos de él suspires,
y por ausencia le llores;

Y en la cama le fastidies,
y que en la mesa le enojés;
y que de noche no duermas,
y de día no reposes;

Ni en las zambras, ni en las fiestas
no se vista tus colores,
ni el almaizar que le labres,
ni la manga que le bordes;

Y se ponga el de su amiga
con la cifra de su nombre,
y para verle en las cañas
no consienta que te asomes

A la puerta, ni ventana,
para que mas te alborotes;
y si le has de aborrecer,
que largos años le goces;

Y si mucho le quisieres
de verle muerto te asombres,
que es la mayor maldición,
que te pueden dar los hombres.

Y plegue Alá que te enfade
cuando la mano le tomes:
con esto llegó á Jeréz
á la mitad de la noche;

Halló el palacio cubierto
de luminarias y voces;
y los moros fronterizos
que por todas partes corren

Con mil hachas encendidas,
y sus libreas conformes:
delante del desposado
en los estribos se ponen;

Que tambien anda á caballo
por honra de aquella noche.
Arrojándole una lanza,
de parte á parte pasóle;

Alborotóse la plaza; y desnuda el moro su estoque, y por en medio de todos para Medina volvióse. No hay cosa tan rabiosa como es el mal de celos; y así están las escrituras llenas de casos acontecidos y desastrados por los celos; y con verdad dicen los que de ellos tienen experiencia, que es cruel mal de rabia: esto nace de los amantes que son mal considerados, sino mírese por Zaida la de Jeréz, que despues de seis años de amores, y de otros dares y tomares que tuvo con Gazul, inconsideradamente le olvidó; y se casó con Zaide de Sevilla; por ser rico, y que Gazul no lo era tanto, no mirando el valor de las personas que eran diversas; porque Gazul, aunque no era rico, era noble de linage, muy valiente y gentil hombre, como ya se ha dicho; y no era tan pobre, que no tuviese hacienda que valia mas de treinta mil doblas; y muy emparentado en Granada, y todos los de su linage eran muy ricos y estimados; más porque el moro Zaide era de mayor riqueza le escogió por su marido. Mal aya la riqueza, pues que muchas veces por ella pierden muchas personas nobles muy buenas ocasiones por no ser ricos, como ahora tenemos ejemplo en Gazul que le desecharon, porque decian que no era tan rico como Zaide, segun parece por el romance; pero á mi parecer no se puede creer que Zaida olvidase á Gazul por ser pobre, al cabo de seis años de amores, en el cual tiempo no podria ignorar Zaida su necesidad;

y no podia ser perfecto amor, si fuera fundado en interés, porque por eso pintan á Cupido desnudo, que se entiende que los amantes han de estar desnudos de todo punto de materia de interés, porque si allí, como entre verdaderos amantes, de dos voluntades y de dos almas hacen una por la obediencia que el uno al otro se tienen, es fuerza que en lo menos, que es la hacienda, haya de haber la misma conformidad; y así digo, que no es posible sino que por causa de sus padres ó deudos dejó Zaida á Gazul; y así parece por aquel romance que trata del juego de cañas de Gelves, donde ella confesó á su criada querer á Gazul; por donde se colige que la casaron contra su voluntad. Este romance dicho, y su principio va fuera del blanco de la historia; y ahora, salvo paz de su autor, va enmendado, declarando fielmente la historia; porque verdaderamente fueron los amores de Gazul en tiempo de los reyes Católicos, y Sevilla y Jerez ya eran de cristianos; Sevilla ganada por el rey D. Fernando el III, y Jerez por el rey D. Alonso XI; y así no faltó otro poeta que compusiese otro romance por el mismo tema, y no tan intrincado como el pasado, el cual dice así:

No de tal bráveza lleno
 Rodamonte el africano,
 que llamaron rey de Argél,
 y de Zarza intitulado,
 Salió por su Doralice
 contra el fuerte Mandricardo,

como salió el buen Gazul
de Sidonia aderezado

Para emprender un hecho,
tal, que nunca se ha intentado;
y para aquesto se adorna
de jacerina y de jaco,

Y al lado puesto un estoque
que de Fez le fue enviado,
muy fino y de duro temple,
que le forjara un cristiano

Que allá estaba en Fez cautivo,
porque del rey era esclavo:
mas le estimaba Gazul
que á Granada y su reinado.

Sobre las armas se pone
un alquicel leonado:
lanza no quiere llevar
por ir mas disimulado.

Pártese para Jerez,
do lleva puesto el cuidado;
toda la vega atropella,
corriendo con su caballo.

Vadeando pasó el rio,
que Guadalete es llamado,
el que da famoso nombre
al Puerto antiguo nombrado,

Que dicen Santa María
de este nuestro mar hispano.
Asi como pasó el rio,
mas aprieta á su caballo

Para llegar á Jerez,
ni muy tarde ni temprano;

porque se casa su Zaida
con un moro sevillano,

Por ser rico y poderoso,
y en Sevilla emparentado;
y biznieta de un alcaide
que fue en Sevilla nombrado

Del Alcazar y la Torre;
moro valiente, esforzado.

Pues de casarla con este
á su Zaida habian tratado;

Mas a questo casamiento
caro al moro le ha costado,
porque el valiente Gazul
á Jerez habia llegado.

A dos horas de la noche,
que asi lo tiene acordado,

junto á la casa de Zaida
se puso disimulado.

Pensando está qué haría
en un caso tan pesado;
determina entrar adentro
por matar al desposado.

Ya que á esto estaba resuelto,
vido salir muy despacio
mucha caterva de gente
con mil hachas alumbrando.

Su Zaida venia en medio
con su esposo de la mano,
que los llevan los padrinos
á desposar á otro cabo.

El buen Gazul que los vido,
con ánimo alborotado,

como si fuera un león
se habia encolerizado.

Mas refrenando lá ira
se acercó con su caballo,
por acertar en su intento,
y en nada salir errado;

Y aguarda llegue la gente
donde él estaba parado;
y como llegaron junto,
á su estoque puso mano,

Y en alta voz que le oyeran,
de esta manera ha hablado:

«No pienses gozar de Zaida,
moro bajo, vil, villano:

No me tengas por traidor,
pues que te aviso y te hablo;
pon mano á tu cimitarra,
si presumes de esforzado.»

Estas palabras diciendo,
un golpe le habia tirado
de una estocada cruel,
que le pasó al otro lado.

Muerto cayó el triste moro
de aquel golpe desastrado:
todos dicen: *müera, müera*
hombre que ha hecho tal daño.

El buen Gazul se defiende,
nadie se llega á enojarlo;
de esta manera Gazul
se escapa con su caballo.

Admirados quedaron todos los que iban acompañando á los desposados de lo que Gazul hizo;

y algunos heridos, porque pretendieron vengar la muerte del desposado; y visto que no podian ofender á Gazul por ir á caballo, y por ser valiente, alzaron el cuerpo del moro ya difunto, y le volvieron á casa de Zaida haciendo grandes llantos sus parientes y ella; la cual toda aquella noche no cesó de llorar á su amado esposo, y no le quedó de sus llantos otro consuelo, sino que sería posible que el enamorado Gazul tornaria á servirla como solia, y que se casaría con ella; lo cual sucedió muy diferentemente. La mañana venidera fue enterrado el difunto con mucha pompa, no sin faltar llanto de una parte y de otra. Los parientes del muerto se conjuraron de seguir á Gazul hasta la muerte por via de justicia, porque de otra suerte no tenían remedio. Pues volviendo á Gazul, asi como vió cumplido el fin de su deseo y juramento, como desesperado se fue á Granada donde tenia su hacienda y parientes; mas á pocos dias llegado, le fue puesta acusacion criminal delante del rey sobre la muerte del sevillano moro, que tambien se llamaba Zaide. Mucho le pesó al rey de la acusacion, porque amaba mucho á Gazul por su valor; mas vista y entendida la causa, no pudo menos de dar contento á los acusadores. Finalmente el mismo rey puso la mano en este caso, y con él otros caballeros de los mas principales de Granada; y tanto hicieron en ello, que condenaron á Gazul en dos mil doblas para las partes, y asi fue libre de este negocio. En este tiempo Gazul puso los ojos en Lindaraja, y se dió á

servirla, como ya hemos dicho, y ella le quiso bien; y acerca de ella Gazul y Reduan tuvieron aquella batalla que se ha contado. Finalmente, por respeto de Muza Reduan se apartó de sus amores con Lindaraja, y quedó por Gazul, el cual la sirvió hasta que sucedió la muerte de los Abencerrages, donde fue muerto el padre de Lindaraja; y por esto ella se salió de Granada como desterrada, y se fue á Sanlucar, y con ella Gazul y otros amigos suyos. Estando en Sanlucar estos dos amantes, se hablaban y visitaban con gran contento. Despues como el rey D. Fernando cercó á Granada, fue Gazul llamado de sus parientes para que se hallase con ellos en el trato que se habia de hacer con el rey de Granada para que al rey cristiano se le entregase la ciudad. Gazul se partió á Granada, y no faltó quien dijo á Lindaraja los amores de Gazul y Zaida, y la muerte que le dió á su esposo; y aun la dijeron que Gazul estaba en aquella sazón en Jerez, y no en Granada; de lo cual Lindaraja recibió mucha pena y mortales celos en su ánima; y fue la causa principal que Lindaraja se mostró cruel á Gazul cuando volvió de Granada á Sanlucar. Pues como vió tanta mudanza en Lindaraja, estaba muy confuso, por no saber la causa de aquellos desdenes; y pretendió hablarla para satisfacerla; pero ella no quiso escucharle, mostrándose cruel. A esta sazón se ordenaba en Gelves aquel juego de cañas: fue enviado á él Gazul, para lo cual se puso tan galan, como habemos dicho. Antes de ir á Gelves quiso verla y hablarla;

hablándola pasó lo atrás referido, y como dijimos fueron á Granada. Zaida se halló burlada; porque siempre entendió que Gazul volveria á pretenderla; y cuando supo que se habia casado, le aborrecia; y dicen que se casó Zaida con un primo hermano de Gazul, que era muy rico y estimado, y vivia en Granada, y mediante esto cesó el rencor. Pues dejándolo á un lado, y volviendo á nuestra historia, que todavia hay que decir, á pocos dias se rebelaron los lugares de la Alpujarra; por lo cual convino que el rey D. Fernando mandase juntar á todos sus capitanes, y estando juntos les dijo: «Bien sabeis como Dios nuestro Señor ha sido servido de ponernos en posesion de Granada y su reino, con tanta costa y trabajo nuestro. Ahora parece que no temiendo nuestro castigo se han rebelado los lugares de la Sierra, y es menester irlos á conquistar de nuevo. Por tanto, ¿cuál se determina á ir á emprender esta hazaña, y poner mis reales pendones encima de las Alpujarras, que yo lo tendré á gran servicio, y aumentará la honra?» Con esto dió fin á sus razones el rey, aguardando respuesta de algunos de los capitanes: todos los cuales se miraban unos á otros, sin aceptar ninguno la oferta del rey, porque era una conquista muy dificultosa. Y visto por el capitán D. Alonso de Aguilar que todos estaban suspensos y nadie respondia, se levantó haciendo la reverencia debida, y dijo: «Esa empresa, Católica magestad, confirmada está para mí, porque la reina me la tiene prometida.» Admirados que-

daron todos los demas caballeros de la aceptación de D. Alonso, con la cual el rey tambien se holgó mucho. Luego á otro dia mandó que se le diesen á D. Alonso mil infantes, todos escogidos, y quinientos hombres de á caballo. Entendió el rey y los de su consejo, que con aquella gente habria harto para tornar á apaciguar aquellos pueblos levantados y rebeldes. D. Alonso de Aguilar acompañado de muchos caballeros, deudos y amigos suyos que en aquella jornada le quisieron acompañar, se partió de Granada y comenzó á subir la sierra. Los moros así que supieron la venida de los cristianos, con presteza se apercebieron para defenderse, y tomaron todos los pasos mas estrechos y angostos del camino, para impedir á los cristianos la subida: despues marchando D. Alonso con su escudron y metidos por los caminos mas estrechos, los moros con grandes alaridos acometieron á los cristianos, arrojando gran muchedumbre de peñascos las cuevas abajo, con lo que hacian muy notable daño en la cristiana gente, y tanto, que mataban á muchos. La gente de á caballo fue desbaratada de todo punto, y se hubo de retirar atrás por no poder hacer ningún efecto; y allí murieron muchos de ellos. Visto por D. Alonso el poco provecho de sus caballos, y la destruccion total de los infantes, á grandes voces animaba su gente subiendo todavia; pero ningún provecho se les seguia de esto, porque sin pelear los moros mataban muchos soldados con las peñas que arrojaban. Fue tal la matanza, que

cuando D. Alonso llegó á lo alto no tenia quien le ayudase, porque los que subieron con él eran pocos, y mal heridos; y en la cumbre de la sierra, en un llano que habia, determinó de pelear con los moros, y cargaron tantos, que en breve tiempo mataron á los cansados cristianos; y el último fue D. Alonso, habiendo mostrado el valor de su animoso corazon; pues cuando él murió habia muerto mas de treinta moros. Algunos se escaparon y dieron la nueva al rey D. Fernando de la pérdida de D. Alonso de Aguilar, y su gente; lo cual fue muy sentido en toda la corte, y por este suceso se hizo el siguiente

ROMANCE.

Estando el rey D. Fernando
 en la conquista de Granada,
 donde estan duques y condes,
 y otros señores de salvas,
 Con valientes capitanes
 de la nobleza de España;
 despues de haberla ganado,
 á sus capitanes llama,
 De que los tuviera juntos
 desta manera les habla:
 «Cuál de vosotros, amigos,
 irá á la sierra mañana
 á poner el mi pendon
 encima del Alpujarra?»
 Míranse unos á otros,
 y el sí ninguno le daba,

que la ida es peligrosa,
y dudosa la tornada:

Y con el temor que tienen
á todos tiembla la barba,
si no fuera á D. Alonso
que de Aguilar se llamaba.

Lavantóse en pie ante el rey,
desta manera le habla:

«Aquesta empresa, señor,
para mí estaba guardada;

Que mi señora la reina
ya me la tiene mandada.»

Alegróse mucho el rey
por la oferta que le daba.

Aún no era amanecido

D. Alonso ya cabalga
con quinientos de á caballo
y mil infantes llevaba.

Comenzó á subir la sierra
que llamaban la Nevada:

los moros cuando los vieron
ordenaron gran batalla;

Y entre ramblas y mil cuestras
se pusieron en parada.

La batalla se comienza
muy cruel y ensangrentada;

Porque los moros son muchos,
tienen la cuesta ganada;

aquí la caballería
no podia pelear nada;

Y así con grandes peñascos
fue en un punto destrozada;

los que escaparon de aquí
vuelven huyendo á Granada.

D. Alonso y sus infantiles
subieron una llanada,
aunque quedan muchos muertos
en una rambla y cañada.

Tantos cargan de los moros,
que á los cristianos mataban;
solo queda D. Alonso,
su compañia es acabada.

Pelea como un leon,
pero no le aprovechaba,
porque los moros son muchos,
y ningun vagar le daban.

En mil partes está herido,
no puede mover la espada;
por la sangre que ha perdido.

D. Alonso se desmaya:
al fin, cayó muerto en tierra,

á Dios rindiendo su alma,
No se tiene por buen moro

el que no le dá lanzada,
lo llevaron á un lugar

que es Oxijerán nombrada.
Allí lo vienen á ver

como á cosa señalada;
míranle moros y moras,

y de su muerte se holgaban.
Llorábale una cautiva,

una cautiva cristiana,
que de chiquito en la cuna

á sus pechos le criara.

A las palabras que dice
 cualquiera moro lloraba:
 «D. Alonso, D. Alonso,
 Dios perdone la tu alma,
 pues te mataron los moros,
 los moros del Alpujarra»

Este fin lastimoso tuvo D. Alonso de Aguil-
 lar: ahora sobre su muerte hay discordia entre
 los poetas que sobre esta historia han escrito ro-
 mances; porque uno dice que esta batalla y otra
 de cristianos fue en la Sierra Nevada; otro poe-
 ta que hizo el romance de río Verde, dice que
 fue la batalla en Sierra Bermeja. No sé cuál eli-
 ja: el lector puede hacer esta eleccion; pues im-
 porta poco que muriera en una parte ó en otra,
 que todo se llama Alpujarra; aunque me parece
 que la batalla dicha pasó en Sierra Bermeja, y
 así lo declara un romance que dice así:

Río Verde, río Verde,
 tinto vés en sangre viva;
 entre tí y Sierra Bermeja
 murió gran caballería.
 Murieron duques y condes,
 señores de gran valía;
 allí muriera Urdiales,
 hombre de valor y estima.
 Huyendo vá Sayavedra,
 por una ladera arriba;
 tras él iba un renegado
 que muy bien le conocía.

Con algazara muy grande
de esta manera decia
«Date, date, Sayavedra,
que muy bien te conocia;

Bien te vide jugar cañas
en la plaza de Sevilla,
y bien conocí á tus padres,
y á tu muger Doña Elvira.

Siete años fuf tu cautivo,
y me diste mala vida;

ahora lo serás mio;
ó me ha de costar la vida.

Sayavedra que lo oyera,
como un leon revolvía;

tiróle el moro un cuadrillo,
y por alto hizo la via.

Sayavedra con su espada
dúramente le heria;

cayó muerto el renegado
de aquella grande herida.

Cercaron á Sayavedra
mas de mil moros que habia;

hiciéronle mil pedazos
con saña que de él tenian.

D. Alonso en este tiempo
muy gran batalla le hacian;

el caballo le habían muerto,
por muralla le tenía;

Y arrimado á un gran peñon
con valor se defendia;

muchos moros tiene muertos;
mas muy poco le valia,

Porque sobre él cargan muchos,
y le dãn grandes heridas;
tantas, que allí cayó muerto
entre la gente enemiga.

Tambien el conde de Ureña,
mal herido en demasia,
se sale de la batalla
llevado por una guia;

Que sabia bien la senda
que de la sierra salia;
muchos moros deja muertos
por su grande valentia.

Tambien algunos se escapan,
que al buen conde le seguian;
D. Alonso quedó muerto,
recobrando nueva vida
con una fama inmortal
de su esfuerzo y valentia.

Teniendo noticia algunos poetas que la muerte de D. Alonso de Aguilar fue en Sierra Bermeja, alumbrados de los cronistas reales habiendo visto el romance pasado, no faltó un poeta que hizo otro nuevo, que dice así:

Rio Verde, rio Verde,
cuánto cuerpo en tí se baña
de cristianos y de moros,
muertos por la dura espada.

Y tus hondas cristalinas
de roja sangre se esmaltan;
entre moros y cristianos
muy gran batalla se trava.

Murieron duques y condes,
grandes señores de salva;
murió gente de valía
de la nobleza de España.

En tí murió D. Alonso,
que de Aguilar se llamaba,
el valeroso Urdiales,
con D. Alonso acababa.

Por una ladera arriba
el buen Sayavedra marcha;
natural es de Sevilla,
de la gente mas granada;

Tras él iba un renegado,
de esta manera le habla:
«Date, date, Sayavedra,
no huyas de la batalla».

Yo te conozco muy bien,
gran tiempo estuve en tu casa,
y en la plaza de Sevilla
bien te víde jugar cañas:

Conozco á tu padre y madre,
y á tu muger Doña Clara;
siete años fui tu cautivo,
malamente me tratabas.

Y ahora lo serás mío,
si Mahoma me ayudára,
y tambien te trataré,
como tú á mí me tratabas.

Sayavedra que le oyera
al moro volvió la cara;
tiróle el moro una flecha,
pero nunca le acertaba.



JUNTA DE ANDALUCÍA

CONSEJO DE LA CULTURA

Alhambra y Generalife

Hiriérale Sayavedra
 de una herida muy mala;
 muerto cayó el renegado
 sin poder hablar palabra.
 Sayavedra fue cercado
 de mucha mora canalla,
 y al cabo cayó allí muerto
 de una muy mala lanzada.

D. Alonso en este tiempo
 bravamente peleaba;
 el caballo le habian muerto,
 y le tiene por muralla.

Más cargaron tantos moros,
 que mal le hieren y tratan;
 de la sangre que perdia
 D. Alonso se desmaya.

Al fin, al fin, cayó muerto
 al pie de una peña alta;
 también el conde de Ureña
 mal herido se compara.

Guiárale un adalid,
 que sabe bien las entradas;
 muchos salen trás el conde
 que le siguen las espaldas:
 muerto queda D. Alonso,
 eterna fama ganára.

Esta fue la honrada muerte del valeroso
 D. Alonso de Aguilar; y como hemos dicho les
 pesó mucho á los reyes Católicos, los cuales co-
 mo viesen la brava resistencia de los moros, por
 estar en tan ásperos lugares, no quisieron enviar

por entonces contra ellos mas gente. Mas los moros de la Serranía viendo que no podian vivir sin tratar en Granada, los unos pasaron á Africa, y los otros se dieron al rey D. Fernando, el cual los recibió muy bien, lleno de clemencia y gozo. Este fin tuvieron los bandos y guerras de Granada, á honra y gloria de Dios nuestro Señor.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



Mo-



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA